

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitiae partes tuendas suscepistis.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los
comisionados, y 15 rs. al mes y 12 el trimestre en la administración.—En el extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90
reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, Pelayo, 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias:
En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55,
rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

CORTES CONSTITUYENTES.

Extracto de la sesión celebrada el día 12 de Mar-
zo de 1870.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RUIZ ZORRILLA.

Abrióse á las tres menos cuarto, se leyó el acta de la sesión anterior y fué aprobada.

Varios diputados presentaron exposiciones sobre diversos asuntos.

El Sr. Díaz Quintero pidió una rectificación al Diario de las Sesiones.

El Sr. Maignon preguntó al ministro de la Gobernación si aceptaba la responsabilidad de no haber remitido unos documentos al Tribunal Supremo relativo á la diputación provincial de Alicante suprimida.

El señor ministro de la Gobernación dijo que á él no le asustaban responsabilidades, y que se remitirían los documentos.

El ministro se quedó de que se entretuviese á la Asamblea con asuntos tan insignificantes cuando había que hacer cosas de tanta importancia como las leyes.

El Sr. Vildósola preguntó al presidente del Consejo si era cierto lo que decía el World, que un personaje anglo-americano, el senador Sumner, tenía del general Prim proposiciones para la venta de la isla de Cuba ó su cesion, y si el general Prim, caso de haberlas hecho, tenía para ello la representación del Gobierno, y finalmente, si con este hecho tenía relación la nueva actitud de un periódico ministerial que decía debíamos abandonar la isla de Cuba.

El presidente del Consejo dijo que era pura invención lo de las proposiciones; que el Gobierno no tenía periódicos ministeriales, y que hace dos meses el Gobierno de los Estados Unidos entabló negociaciones acerca de la suerte futura de la isla de Cuba, y que el ministerio actual, como el anterior, había procedido con el mayor patriotismo.

El Sr. Blanc preguntó al ministro de Gracia y Justicia acerca de un juez que había en Aragón, cuyos parientes tenían bienes en el distrito, y á la comisión de peticiones si había dado dictamen acerca de la de los obreros sin trabajo en Madrid.

El señor ministro de Gracia y Justicia dijo que se ocuparía del asunto.

El Sr. Coronel dijo que la comisión de peticiones había ya dado dictamen acerca de esta petición, diciendo que pasará al presidente del Consejo.

El Sr. Plaza preguntó al ministro de Ultramar si en vista de estar casi vencida la insurrección de la isla de Cuba, estaba dispuesto á mandar que se hicieran las elecciones de diputados en aquella isla.

El señor ministro de Ultramar contestó, refiriendo las dificultades que se oponían aun á que se hicieran las elecciones.

El Sr. Plaza anunció una interpelación sobre este asunto.

Los señores marqueses de Santa Marta y Ballesteros hicieron dos preguntas al ministro de Hacienda, á las cuales contestó este, y que no pudimos oír desde la tribuna.

El Sr. Rojo Arias pidió datos acerca del número de conventos que había antes de la revolución, y los que se han suprimido después de la revolución.

El señor ministro de Gracia y Justicia dijo que los traería.

El Sr. CASTELAR: A pesar de las grandes preocupaciones que todos nos embargan, y del estado de nuestro ánimo, voy á explicar mi interpelación hace quince días anunciada al Gobierno.

El Congreso comprenderá que una reciente catástrofe me impide aludir á una persona de quien pensaba hablar, y me obliga á torcer y cambiar todo el curso de mis ideas por respecto á terribles desgracias.

Entremos en el fondo del debate. Estamos mal, señores diputados, muy mal. Si yo oyera el misetismo que hay en el fondo de mi alma, inclinaria la cabeza sobre el pecho aguardando resignado á que sonara la hora de la suprema catástrofe. Pero aquí no soy yo tanto una persona como una personificación de mis electores, y no puedo resignarme á un cobarde silencio, que sería punible complicidad con esta revolución estéril, cuando el término de las revoluciones estériles pueden ser las dictaduras sangrientas, y el término de las dictaduras sangrientas la ruina y la deshera de la patria.

Yo no quiero exagerar nuestro estado político y social. Mas por lo que se oyen quejas universales que expresan el universal disgusto. La tristeza es tanta, que podría creerse que esta sociedad se halla próxima al suicidio, si tal crimen pudiera ser cometido por los pueblos. Pero hay un suicidio más triste que el suicidio material, y es el suicidio de la conciencia, al que se hallan muy expuestos los pueblos latinos, como acostumbrados á largos cesarismos.

Yo comprendo los males anejos á toda renovación social. Las revoluciones son luchas de progresos con intereses, y de derechos con privilegios; y estas luchas vienen preñadas siempre de grandes catástrofes. Pero yo me quejo, la nación se queja por mi boca de que aquí todos sabemos de dónde venimos, absolutamente nadie sabe á dónde vamos. Así tenemos de las revoluciones lo peor, la ruina de los intereses, la perturbación de los ánimos, el encrespamiento de las pasiones, y no tenemos aquella fuerza que se toma en las grandes ideas, en los grandes principios.

Las ideas, los principios: De todo lo herético creo yo capaz al señor presidente del Consejo, menos de tener fe en una idea. Y ó las revoluciones se reducen á moverse sin saber por qué, á marchar sin saber á dónde, ó son el ascenso penoso, pero saludable, á las cimas de lo ideal, donde se transfiguran los pueblos. El señor presidente del Consejo toma las ideas, y los republicanos que las representan, cual si fueran fuerzas materiales, y los agrupa como paltones de soldados, y los distribuye como la guarnición de un fuerte, y los consagra á que guarden ese banco y defiendan su poder y su influencia personal.

Ben es verdad que en su conciencia se hallan confundidas la suerte de su persona con la suerte de la libertad. Quejados de que hay infinitos emigrados, de que se renuevan los procesos de imprenta, de que se cobren las manifestaciones, de que se mueren los municipios, de que se arruinan las casas de beneficencia, de que viene sobre nosotros la nube de las quintas relampagos.

guando amenazas, lloviendo lágrimas del pueblo; y á todas estas quejas él os responderá que mientras se encuentre en el poder no corre peligro alguno la libertad, esa misma libertad que le mostráis exánime á sus plantas y por su culpa.

Este error le lleva á otro no menos grave: á considerar que el pueblo se contentará con ver á sus antiguos amigos en el Gobierno, aunque no vea las ideas que sus amigos representaron en la oposición. De aquí el cuidado que pone en todas las cuestiones de personas, y la indiferencia que opone á todas las cuestiones de principios. He visto muchos presidentes del Consejo con una mala política; pero solo al general Prim he visto sin ninguna política. Apelo á los hechos. Un día ofrece la cartera de Gracia y Justicia á un orador que había sostenido la limitación de los derechos individuales, y como la rehusara, á los pocos momentos ofrece esa misma cartera á un orador que había sostenido todo lo contrario. Hoy tiene un ministro de Gracia y Justicia defensor de la separación entre la Iglesia y el Estado, y ayer tenía otro ministro de Gracia y Justicia defensor de los Concordatos. Abandonó al señor ministro de Marina, lo cual significaba el abandono también á ciertas esperanzas, y luego recogió al señor ministro de Marina, lo cual significaba la resurrección de esas esperanzas.

Sostuvo á un ministro de la Gobernación que dividía nuestra patria en castas, y hoy sostiene otro ministro de la Gobernación cuyas palabras son votos de censura contra el antiguo, el cual, recluido en el departamento de Estado como en cuartel de inválidos se muere de nostalgia por su antiguo ministerio. Apoya la reforma del Clero, y luego la traspasa por unos cuantos votos á favor del duque de Génova. Apoya esta candidatura, y cuando es derrotado en Florencia, asegura que no quiere ser derrotado en Madrid. De suerte que sobre la cuestión de candidato el general Prim no tiene ni propósitos ni pensamientos propios, y se entrega á la fatalidad y al acaso. Yo ruego á todas las personas imparciales que me respondan: ¿esto es política? ¿merece este el nombre de política?

Un orador ilustre llamaba al general O'Donnell la unidad seguida de cerros. Yo llamo al general Prim un cerro capaz de ser sumado á todas las fracciones liberales de esta Cámara. Y le llamo cerro, no por lo que el cerro tiene de nulo, pues yo sé bien que S. S. es muy inteligente y muy poderoso, sino por lo que el cerro tiene de indeterminado. Imaginemos que el papel de la monarquía se cotiza á 9; pues poned á su derecha, es decir, en su favor, al general Prim, y se cotizará á 90. Pues poned á su izquierda, en su contra, al general Prim, y descenderá su valor á la categoría de un número decimal. Un hombre así es muy poderoso, pero también muy responsable. Puesto que el general Prim lo puede todo, que nos responda de todo.

Antes de la revolución había dos hombres capaces de contrastar la omnipotencia que el general Prim ha logrado en el partido progresista. Era uno el gran general de ese partido, el general Espartero. Era otro el gran orador de ese partido, el Sr. Olazábal. El general Espartero se ha quedado en su retiro de Logroño, y el Sr. Olazábal se ha ido á su retiro de París. Después de la revolución había dos hombres capaces de contrastar la omnipotencia del general Prim. Era uno el general Serrano, y era otro el Sr. Rivero. El general Serrano ha subido tanto, que es un rey, aunque sin atributos; un dios, aunque sin providencia, perdiéndose en alturas vertiginosas donde está condenado á verdadera nulidad política, aunque para ocultársela se le envuelven sabiamente en nubes de incienso; mientras que el otro, el Sr. Rivero, ha descendido de aquella silla, donde representaba la autoridad legal más alta de la revolución, al banco azul, hasta que por cualquier incidente, por la designación de un gobernador, de un director, de un secretario, le arrojan de ese banco al banco de los demócratas, donde será jefe, si, jefe honorario de una fracción de vencidos.

El general Prim sabe que no puede sostenerse ni contra todos los partidos, ni con todos los partidos, ni mucho menos sobre todos los partidos. Así, consiste su política en dar esperanzas á todos, no con palabras, no con promesas, no con hechos, sino con los enigmas de sus misteriosas soluciones y con la tenacidad de su silencio. Mirad lo que pasa en esta Cámara. Os dará de este mi juicio una prueba evidente. Si yo fuese candidato ó desconociese la Asamblea, propondríame esta tarde hacer hablar al Sr. Olazábal, y le haría decir que componen la mayoría. Heriría su amor propio reconociéndoles por su silencio. Los llamaría por sus nombres. Los comprometería con hipótesis para que se vieran forzados á explicárselas. Todo sería inútil. Ninguno de ellos, ni el Sr. Posada, ni el Sr. Ríos Rosas, ni el Sr. Martos, ni el Sr. Mata, ni el Sr. Madoz, ni el Sr. Rodríguez, ninguno tomaría la palabra.

Aquí todo el mundo se encierra en sigiloso silencio. Este Assemblée parece una Asamblea de sombras: aquí, señores diputados, no hay más que dos cosas francas, mi palabra y la cara del Sr. Topete. (Risas y aplausos). ¿Por qué nadie habla? Porque todos esperan para sus soluciones al Sr. Topete. Y lo que sucede en la Cámara sucede en la nación. Borbónicos, partidarios de otro candidato que no debo nombrar, y hasta algunos republicanos, esperan con más ó menos fundamento sus respectivas soluciones de la voluntad misteriosa é indecifrable del presidente del Consejo. Esta política podrá ser muy hábil, pero es muy perturbadora, porque mantiene todos los intereses en zozobra, todas las utopías en juego, todas las esperanzas en febril excitación, todos los partidos en efervescencia, todos los ánimos en incertidumbres; y siembra el caos sobre el suelo de la patria.

Declararos, si queréis llenar el vacío que siento esta sociedad, declararos por la política democrática. No queráis atraerlos las clases explotadoras del censo, de la centralización, del concordato, de todos los privilegios; porque esas clases serán siempre enemigas del adelantamiento de las democracias. Dadnos presupuestos baratos, libertad, economías, la revolución arriba y el orden abajo. Tened fe en las reformas, fe en el progreso, fe en la democracia.

¡Dilettos predicar! Este Gobierno es enemigo irreconciliable de tales soluciones. Esta Asamblea se ha imposibilitado para la libertad. La causa de todos estos males se halla en el equilibrio inestable del Gobierno; y la causa del equilibrio inestable del Gobierno se halla en la candidatura. Los partidos conservadores no sirven para las épocas revolucionarias, porque los partidos

tienen sus estaciones como las plantas, y sus zonas como las especies. La política de los conservadores debe ser el privilegio, y la política de los radicales el derecho. La cualidad de los conservadores debe ser la prudencia, y la cualidad de los radicales debe ser la audacia.

El fin de los conservadores debe ser el sostenimiento del predominio de las clases medias, y el fin de los radicales debe ser la llegada del adelantamiento del pueblo á la vida pública. No hay medio de conciliar estos términos inconciliables.

No os podeis reunir sin riesgo de escupiros al rostro vuestros miedos agravados. Solo queda un partidario fiel de la conciliación, el Sr. Topete, que mientras los unionistas se congregan en el salón de presupuestos y los radicales en esta sesión, él se pasea solo, pensativo, por el salón de conferencias, especie de laguna. Estigia que se para la tierra del Averno; y por ella se lamenta patrióticamente de tantas desgracias, como dice Homero que se lamentaban por los campos donde Troya fué, las almas de los héroes insepuertos.

Me dirá que respeta la libertad de la Iglesia. Yo también; mas quiero la libertad del Estado. Y cuando á los 14 artículos de la fé se van á unir los 80 artículos del Syllabus convertidos en nuevo símbolo de Nicea, cuando un hombre aspira á ser un dios exento del error; cuando el dogma de la infalibilidad religiosa del Papa va á completarse con el dogma de su autoridad y su supremacía política, que ni siquiera pudo ser consentida en la Edad media; la más rudimentaria previsión aconseja decir al Papa, que si tales insensateces se realizan, respetaremos su libertad, el derecho del error á ser error, pero cortaremos todo género de relaciones políticas y económicas con una Iglesia que habrá dejado de ser la Iglesia de la humildad para convertirse en la apoteosis del orgullo y de la soberbia.

Tarde, muy tarde, cansado, muy cansado, llego ante el señor ministro de la Gobernación. Yo soy franco y no puedo ocultar ninguno de mis sentimientos. Yo admiro mucho el gran talento, la gran palabra, la profunda ciencia del señor ministro de la Gobernación. Pero yo debo decirle la verdad, porque me lo exige la patria. El señor ministro de la Gobernación pudo fundar un día aquí el verdadero gobierno democrático. (El señor ministro de la Gobernación: ¿El republicano? Puesto que S. S. me lo pregunta, si; el republicano: el ministro de la Gobernación lo fué todo aquí desde el 29 de Setiembre hasta el 12 de Noviembre, el ministro de la Gobernación no fué nada después que firmó el manifiesto de conciliación. ¿Por qué antes lo fué todo? Porque estaba identificado con su partido. ¿Por qué después de firmado el manifiesto de conciliación no fué nada? Porque después de firmado el manifiesto de conciliación se apartó de su partido, y S. S. se convirtió en lo que era Pompeyo en Farfalla, un gran general sin ejército.)

Y si el señor ministro de la Gobernación transigió en Setiembre con una monarquía imposible, ahora ha pasado desde la silla presidencial de esta Cámara al banco azul para sostener la conciliación. (El señor ministro de la Gobernación: No; ¿No? P. S. la ha sostenido; pero conste que el Sr. Rivero no defiende desde ese banco la conciliación. Me dice que no, y ya no prosigo en este asunto: me basta su palabra, me basta su negación; que la recojan aquellos que deban recogerla. (El señor ministro de la Gobernación: No hay inconveniente en que la recojan.) Señores conservadores, se os cita, se os llama, se os apela á recoger esa negación. ¿La recogeréis vosotros? (Una voz: Cuando hablé.) ¿Decís que cuanto antes? Pues recogedla: habreis prestado un gran servicio á la patria.

Es necesario, señores diputados, es necesario, Sr. Posada Herrera, Sr. Ríos Rosas, Sr. Ayala, Sr. Martos; es indispensable, en nombre de la libertad, en nombre de la patria, que todos desfilamos esta situación, que todos conjuremos esta calamidad, que todos salgamos de este caos. Hay dos políticas: la política conservadora y la política revolucionaria. Yo creo que la mejor es la más revolucionaria; pero si vosotros creéis que la mejor es la más conservadora, decidlos, más decidlos pronto; porque lo que no puede continuar lo que no debe continuar, lo que todos estamos interesados en que no continúe, es señores diputados, este gran enigma que encierra pavorosos abismos y catástrofes sin cuento. Y á su término, como consecuencia de tantas dudas, puede venir la restauración. Y yo, que no temo á la muerte, pero que temo mucho á la deshonra, pido al cielo que me condene antes mil veces á morir, que á ver la restauración, esa mengua para nuestro nombre, esa indeleble afrenta en las páginas de nuestra historia. Ha dicho.

El señor presidente del Consejo de ministros hizo cargo de los principales puntos de ataque del Sr. Castelar, como fueron los encaminados á dividir la mayoría, á molestar el amor propio del Sr. Rivero, y á levantar el espíritu contra el presidente del Consejo de ministros, al que hasta llegaba á negarse república en su patria. Tacharle de indeciso en su política era también un cargo infundado, puesto que clara y decididamente fué y sigue siendo la de acatar y hacer cumplir lo que la soberanía nacional decía, que eran las libertades y la monarquía, á cuyos fines se caminaba.

Si el rey no estaba ya en su puesto, dijo que consistía en las dificultades que siempre hay para ello; pero estará, y á ello iba porque así lo quería el país, sin que hubiese para qué pensar en la república. (Bien, bien.)

Rechazó todo lo que se ha dicho y puede decirse de un golpe de fuerza contra lo actual; golpe imposible porque nadie se atrevería á intantarle contra la soberanía de la Cámara.

Y terminó asegurando que él seguía empujando la bandera de la libertad que consignaba la Constitución y estaba dispuesto á sostenerla contra todos los que quisieran atacarla.

El Sr. Castelar rectificó diciendo que no había querido introducir la discordia en la mayoría porque esa discordia existía, y bien lo habían demostrado repetidos actos, y porque no era posible que la mayoría estuviese reunida en un mismo principio y aspiración.

El Sr. Rivero empezó recordando que todos los grandes géneos de la elocuencia habían siempre acabado por perder las mejores causas. Pues eso mismo sucedía al Sr. Castelar, cuya grande elocuencia era indudable, el cual había perdido la causa que defendía, causa que estaba condenada; y la prueba de que así era, estaba en que el Gobierno y la mayoría no estaban muertos. Pasó á examinar el discurso del Sr. Castelar

en sus frses prácticas y políticas, y declaró que no comprendía cómo atacaba á la situación cuando él no podía constituir un Gobierno, porque ni era jefe de los republicanos ni tenía fuerzas que le ayudasen á crearlo, donde resultaba que el discurso del Sr. Castelar no era el de un hombre práctico, ni representaba la política de un partido gobernante, porque la minoría federal no era jefe de los republicanos tampoco, y la prueba estaba en que los republicanos, de formar Gobierno, formarían un ministerio Guisasaola.

Las Cortes acordaron que se prorogase la sesión, y el Sr. Rivero terminó su discurso, contestando á los principales argumentos del señor Castelar, y defendiendo la política del Gobierno y de la mayoría.

Rectificó el Sr. Castelar y se levantó la sesión. Eran las siete.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

(De la Agencia Fabra.)

PARIS, 12.—El Cuerpo legislativo, tan pronto como reanude sus sesiones el día 21, se ocupará de los presupuestos, y concluyendo esta discusión, se suspenderán de nuevo las sesiones hasta Octubre.

El Gobierno presentará en dicha época la ley electoral y la ley de ayuntamientos, y una vez discutidas estas dos leyes, el Cuerpo legislativo disuelto, verificándose las nuevas elecciones generales en el mes de Mayo de 1871.

En la Bolsa de hoy se han cotizado:
El 3 por 100 interior español, á 22 3/8.
El 3 por 100 exterior español, á 26 1/2.
El 3 por 100 francés, á 74 50.
El 4 1/2 por 100 ídem á 102 75.
El 5 por 100 italiano, á 56-05.

LONDRES, 12.—Consolidados ingleses, de 92 3/4 á 7 1/2.

(De la agencia Havas.)

PARIS, 7.—El periódico Le Français desmiente que el Gobierno francés haya recibido la contestación de Roma y nombrado ya su representante cerca del Concilio.

FLORENCIA, 12.—El Sr. Blancheri ha sido elegido presidente de la Cámara.

WASHINGTON, 12.—El Senado ha adoptado de bill autorizando la emisión de 2,000 millones de dólares en bonos. Estos bonos, pagaderos en metálico, capital é intereses, exentos de impuestos, produciendo un interés de 4, 4 1/2 y 5 por 100, según las categorías, y amortizables en un plazo de diez á cuarenta años, serán cambiados contra los bonos 5 1/2 y todas las obligaciones de los Estados Unidos no pagados todavía.

PARIS, 11.—Desmientese que España haya aceptado el arbitraje del emperador Napoleón en el asunto del Tornado.

Se asegura que el Gobierno prepara un proyecto para mejorar la suerte del Clero parroquial.

Cuerpo legislativo.—Ha sido aprobada la elección del Sr. Marion, antiguo agente de cambio cuya primera elección había sido anulada por la Cámara.

El Sr. Emilio Ollivier ha pedido con motivo de los trabajos del ministerio que las sesiones fuesen suspendidas durante ocho días.

En el Senado, el baron Brenier ha criticado los recientes discursos del Sr. Emilio Ollivier. El incidente no ha tenido consecuencias. El Senado ha rechazado la queja del Sr. Mirés contra el Sr. Chail d'Estange.

La Gaceta de France publica una declaración del padre Gratry refutando las acusaciones de muchos Obispos y anunciando que publicará una cuarta carta, en la que resumirá toda la política.

En la Bolsa de hoy se han cotizado:
El 3 por 100 interior español, á 22 3/8.
El 3 por 100 exterior, id., á 26 1/2.
El 3 por 100 francés, á 74 40.
El 4 1/2 por 100, id., á 102 90.
El 5 por 100 italiano á 55 85.

LONDRES, 11.—Consolidados ingleses, de 92 3/4 á 7 1/2.

LONDRES, 12.—La Cámara de los Comunes ha aceptado el bill irlandés en segunda lectura por 442 votos contra 11.

FLORENCIA, 12.—El Sr. Sella se propone establecer una reducción de 12 por 100 sobre la renta y emitir títulos por 80 millones de renta.

Leamos en El Telégrafo Autógrafo:

«Fieles intérpretes de la opinión pública, y como lectores con nuestra misión de tener á nuestros lectores al corriente de cuanto ocurra, debemos haceros saber que hay una gran parte de la opinión y de la prensa que no aprueba la conducta en que parece haberse colocado el ministro de Negocios extranjeros respecto al Vaticano, y que indudablemente es esta una cuestión que ya se resuelva definitivamente en una ú otra forma, ha de constituir una gran dificultad para Francia.

CARTA DE ROMA.

ROMA, 9 de Marzo de 1870.—Queridos amigos: Como les anuncié en mi última, las soluciones conciliarias se van acercando. El lunes se distribuyó á los Padres el *Schemma de Ecclesia*, el cual se divide en dos partes: la segunda trata del Romano Pontífice, y en ella se ha puesto bajo forma de adición el proyecto relativo á la definición dogmática de la infalibilidad. No he visto el proyecto, pero sé que su sentido es declarar que en la Santa Sede del sucesor de Pedro reside la infalibilidad de la Iglesia, respecto de dogma y de moral. Los presidentes de la congregación general han fijado diez días de plazo para que los Padres presenten por escrito, todo conforme al decreto último de 20 del pasado, las objeciones u observaciones que crean deber hacer. La discusión será plenamente libre, pero encerrada en sus límites justos, pues se desea por el Padre Santo y por el mayor número de Prelados que termine de una vez el sistema de las dilaciones calculadas. Por otra parte, los sucesos también apremian: el Gobierno francés, por órgano del antiguo orleanista M. Daru, amenaza con insinuaciones más que suficientes para alentar á todo género de enemigos del Concilio; el periodismo liberal, de Francia y Alemania sobre todo, descubre sus esperanzas de ver coartada la libertad de la Santa Asamblea, y como si se quisiera dar á todos estos síntomas de una hostilidad violenta y próxima apoyo y consistencia, he aquí que el embajador francés en esta ciudad ha salido anoche repentinamente en dirección de París, sin que nadie diga cuál objeto inmediato le obligue á marcha tan inopinada, pero siendo claro en cambio para todo el mundo que esta partida con tales condiciones en los momentos presentes tiene en sí misma el valor de una amenaza. Por lo que hace á Su Santidad y á la inmensa mayoría de los Obispos que tan concordemente se muestran unidos á la cátedra de Pedro, nada temen, ni nada los retraerá de perfeccionar, en lo que á ellos toca, la obra para que se han congregado. Creo más: creo que si algo puede conducir á confirmar á los buenos, á decidir á los vacilantes, y quizás á reducir á los disidentes, es esa oposición externa dirigida y patrocinada por estos conciliábulos de sectarios que hoy se llaman Gobiernos. Lo único que verdaderamente aflige á Pío IX, es la actitud de los pocos Prelados que con su conducta estén de hecho, y aunque no lo quieran ni sea ese su propósito, apoyando las maniobras de los libre-pensadores. Por dicha, cada día, gracias á Dios, son menos, y aun es de esperar que esos mismos Prelados hoy opositores, cuando el Concilio haya pronunciado su sentencia, sean los primeros en acatarla y defenderla. De todos modos, y como resumen de cuanto dejo á ustedes dicho, el Concilio está ya en su momento crítico; la hora de la batalla decisiva va á sonar, y no creo imprudente asegurar que no pasará la Cuaresma sin que hayamos visto alguna resolución vigorosa y trascendental. Lo que venga después de ella, es cuenta de Dios.

En esfera más limitada, otro espectáculo triste ha estado ofreciendo la política durante estos días últimos. Triste le llamo, porque lo es mucho ver á un partido causante principal de todas las desgracias de España, usando de un pobre niño inocente para traerle y llevarle como símbolo postizo de una restauración política y social de esa nación desgraciada. Ya comprenden ustedes que hablo de esta última maniobra moderada consistente en traerse á Roma al llamado *Príncipe de Asturias* para presentarle aquí como esperanza de la Iglesia, y aun como representante de una legitimidad monárquica que por tantas razones está tan en pleito. Ello no son muchos los españoles, y aun algunos que otro extranjero que, de buena ó mala fe, se hacen cómplices aquí de esa maniobra; pero si no son muchos, en cambio no pueden verse, figurarse la manosa actividad que han desplegado en lo que llamaria yo *tocar el bombo*.

Por de pronto, ocultando la verdad de los hechos, más notoria para ellos que para nadie, no han perdido ocasión de decir en todas partes donde se figuran que la cosa puede servir de algo, que el *alfonsismo* cuenta con tropas numerosas, con plazas fuertes, con apoyo de todas las clases conservadoras, con el de todos los Gabinetes europeos, y hasta con el de algunos miembros influyentes de la situación dominante hoy en España. Después de expendir todo este contrabando en los oídos que les han parecido á propósito, han andado, y andando siguen, no menos listos en repartir como confites de Carnaval noticias estupidísimas sobre las altas protecciones y adhesiones con que ellos dicen que cuentan aquí. De creerlos, sería menester pensar que el partido moderado ha sacado del viaje del niño Alfonso, una patente apostólica de rey de España; y de hecho, prepárense Vds. á leer en los periódicos de la secta descripciones maravillosas de actos y palabras más ó menos augustas, encaminadas todas á empujar el *canard* de la legitimidad alfonsina, para ver si en España queda todavía algún simple que fe de semejante legitimidad el remedio urgentísimo de tanto mal como amenaza de muerte á nuestra infeliz patria.

Lo que la gente moderada no ha visto de seguro, y si lo ha visto, de seguro ha hecho como quien no lo ve, es la sonrisa de compasivo desden con que, aun en las regiones que imagina serie más favorables, se ha recibido toda su maniobra. Si quieren ser perspicaces, ya habrán podido descubrir en muchos semblantes la huella de un pensamiento interno que si hubiera salido á los labios, habría sido expresado poco más ó menos con las siguientes frases: «¿Quién no te conozca, te compre. ¡Si pensarán estos señores que nos hacen comulgar con ruedas de molino?—Y la verdad es que trabajo más perdido, no le habrán hecho en su vida. Aténganse Vds. á esto, pues yo sé lo que les digo.

Mañana debe regresar á París el niño Alfonso. Digamos con caridad *non flecta* que Dios Nuestro Señor quiera mantener en su corazón el divino germen de piedad depositado primera vez en su pecho al recibir la Santa Eucaristía de manos de Pío IX. ¡Qué gran chasco sería para el diablo si al llegar á la adolescencia ese vástago de nuestros reyes, se mostrara realmente é íntegramente príncipe cristiano, y con lealtad in-

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 14 DE MARZO DE 1870.

quebrantable á su rey, le sirviese de apoyo para defender á la sociedad española!

El señor secretario de la Junta central de la comunión católico-monárquica nos ha facilitado la lista de personas que forman algunas de las juntas creadas en provincias y aprobadas por la central. Son las siguientes:

JUNTA DE DISTRITO DE TARRAGONA, CIRCUNSCRIPCION DE TORTOSA.—Presidente, Excmo. señor marqués de Tamarit, vizconde de Altafilla.—Vicepresidentes, D. Antonio de Wenzel.—D. Rafael Arceyno.—Secretario, D. Ramon Foguet.—Vicesecretario, D. José Costa y Albess.—Vocales, D. Ramon Quinzá y Campi.—D. Antonio Amigo de Ibero.—D. Geronimo de Alemany.—D. Salvador Delsors.—D. Pedro Franquet.—D. José de Montagué y Villalta.—D. Ignacio Fernandez.—D. Antonio R. de Salvador.—Don Salvador Cid y Plá.—D. Manuel Gaya.

JUNTA PROVINCIAL DE SANTANDER.—Presidente, D. Fernando Fernandez de Velasco, ex-diputado á Cortes y caballero del hábito de Calatrava.—Vicepresidentes, D. Manuel Bernabé de Pereda.—D. Paulino María Díaz de Quijano.—Secretario, D. Maximo Díaz de Quijano.—Vicesecretario, D. Manuel Ortiz Viera.—Vocales, don Vicente Ramon de Villegas.—D. Manuel Bernabé de Pereda.—D. Anselmo Ortiz Compostio.—D. José Antonio Cuesta.—D. Paulino Linarez.—D. Gregorio Mazarrasa.—D. Ramon de Estrada Rábago.—D. José María de Pereda.—D. Juan Ma. uel de Ceballos, ex-diputado provincial.

JUNTA PROVINCIAL DE BURGOS.—Presidente D. Cirisaco Rodríguez de Cosío.—Vicepresidentes, D. Eugenio Alvarro y D. Bonifacio Gil y Rojas.—Secretario, D. Eusebio del Rey y Manillas.—Vicesecretario, D. Severiano Bruyl de la Cueva y D. Estanislao de Sevilla y Villar.—Vocales, señor marqués de Castrofuerte, D. Agustín Santamaría, D. Atanasio Lopez Vallejo, don Francisco de la Azuela, D. Segundo de la Morana, D. Marcelo Duran, D. Tomás Jimenez, don José Cordero, D. Nicanor Varcácel.

También dicho secretario ha recibido ayer los siguientes despachos:

«Burgos de Osmá, 13.—Muzquiz, diputado.—Constituida junta de distrito.—Concurrencia numerosa, mucho orden, gran entusiasmo.—Presidente, Enrique Práxedes Hericilla.»

«Barna (Barcelona), 13.—Muzquiz, diputado.—Constituido Ateneo católico-monárquico popular: gran entusiasmo, orden, correo, detalles.—Vicepresidente.—Miguel Torres, secretario.»

El día 6 de Marzo quedó constituido definitivamente en Soria el Circulo carlista, designándose por votación, en medio del mayor entusiasmo, la junta directiva siguiente:

«Presidente, D. Francisco Avilés.—Vicepresidente, D. Santiago García.—Contador, D. Ladislao García.—Tesorero, D. Justo Martínez.—Vocales, D. Tomás Martín Rabal.—D. Julian del Amo.—Secretario, D. Francisco Lázaro Morales.»

Cuenta ya con más de trescientos socios, á pesar de que la población no pasa de mil doscientos vecinos, y diariamente aumenta aquel número.

Se hace constar por haber sufrido estravío el despacho telegráfico en que se participaban estas interesantes noticias.

EL REY SÉRIO.

No podíamos sospechar que las exigencias de los unionistas, en punto á seriedad, llegasen hasta el extremo de que hicieran convertir la risa en llanto, la burla en indignación, lo ridículo en trágico y horrible.

De todo los creíamos capaces á esos perpetuos conspiradores, á esos insaciables ambiciosos, á esos pequeños Maquiavels, para quienes cualquier medio es lícito con tal de llegar al fin; pero jugar con la vida de los hombres, menospreciando las leyes divinas y humanas, consentir en la comisión de un gran crimen, tanto más grande y digno de castigo cuanto más elevadas son las personas que lo cometen, eso no lo llegamos á creer jamás. Los hechos, sin embargo, han venido á demostrarnos que el refinamiento de la crueldad existe allí donde la ambición es el primero de los móviles, y el mando el único de los fines de la vida.

Queremos un rey serio y liberal, decían esos monárquicos derrochadores de la monarquía de doña Isabel de Borbon. ¡Un rey serio! pensábamos nosotros. ¿De qué género será la seriedad régia que estos caballeros necesitan? Un rey liberal se encuentra al volver de cada esquina. Llena y harta de ellos está Europa. Desde el duque de Génova hasta Montpensier y Espartero, puede enumerarse una abundante serie de monarcas ó candidatos al trono liberales. ¡Pero un rey serio! ¿Cómo ha de entenderse la seriedad de un rey?

Por más que examináramos al duque de Montpensier no veíamos en él, tipo de los reyes serios para la union liberal, las condiciones precisas, á nuestro parecer, para ocupar seriamente el trono de los Reyes Católicos. La única prueba que teníamos de su seriedad era el haber conspirado contra su hermana política durante largos años con una perseverancia digna de causa más honrosa y patriótica. La ingratitude no es cómica, decíamos nosotros; y ciertamente que pagar conspirando los beneficios que se reciben de una mano sobradamente generosa, no se presta á la caricatura ni á la parodia.

¡Ah! la union liberal no estaba satisfecha con esta prueba de la seriedad de su candidato. Los periódicos satíricos habían hablado de comercio de naranjas, de fugas precipitadas el año 1848, de heridas sospechosas recibidas en Africa, y con todo esto, apoyado por el implacable lápiz de los Peta y Ortego, el público se acostumbraba á

olvidar las serias conspiraciones de Montpensier por los cómicos rasgos con que le dibujaban sus enemigos.

Pero la union liberal, que conoce el mundo y sabe que la maldad se perdona, mas no la ridiculez, quiso borrar con sangre las caricaturas anti-montpensieristas, y poner, de una vez para siempre, el sello de la gravedad y de la seriedad á la persona de su candidato. Sin duda pensó aquella fracción política que era preferible caer entre las maldiciones de un pueblo irritado, á vivir perseguido por las silbas de una multitud burlona; que valia más perecer ahogado en la sangre de un enemigo que alcanzar la corona entre las risas de los propios amigos. Y por eso sin duda, la union liberal ha presentado á su príncipe en un cuadro sombrío como el crimen, con la pistola en una mano, apuntando á la sien derecha de un augusto y desventurado pariente.

La caricatura del tratante en naranjas, del fugitivo de las Tullerías, del héroe de Africa ha desaparecido, y en su lugar España entera ve el sangriento perfil del Orleans con su histórico carácter. Es Felipe Igualdad saludando la cabeza de su cuñada y depositando luego su voto para dar la muerte á su primo Luis XVI; es Luis Felipe conspirando contra Carlos X y arrojándole la corona de la frente; es real y verdaderamente Antonio de Orleans, duque de Montpensier, que después de arrojar del trono á su cuñada Isabel de Borbon, parte las sienes de un balazo á su primo y conculca Enrique de Borbon.

¡Oh régia seriedad! Neron fué también un rey serio. La union liberal quiere hacer del duque de Montpensier el exterminador de su propia familia, para que nadie dude de la seriedad de su candidato. Cain, según la union liberal, debe ser el rey más serio que ha figurado en la historia del mundo. Don Pedro el Cruel machacando la cabeza de su hermano D. Fadrique, y el conde de Trastámara hundiendo su daga en el pecho de D. Pedro, son dos reyes tan serios como Cain. ¡Con qué placer resucitaria la union liberal á estos sombríos personajes, para exclamar con orgullo: ¡Oh régia seriedad!

Dícese que un rey debe ser el primer guardador de las leyes del reino. La union liberal ha entendido sin duda que para llegar á ser rey es necesario violar las leyes de Dios y de los hombres, con lo cual el pueblo verá una garantía de la fidelidad del monarca á los preceptos que de él mismo emanan.

Los progresistas han rechazado á Montpensier porque llevaba el apellido ominoso de los Borbones. La union liberal, para obviar este inconveniente, ha hecho que el hijo de Luis Felipe acepte el papel de exterminador de los Borbones. No es maravilla que la union liberal lleve fama de hábil entre la gente de mundo. Si la habilidad consiste en no reparar en medios para lograr el fin que se apetece, la union liberal es hábil como la inteligencia de Satanás. Pero como éste, está condenada á maldecir perpetuamente de su propia habilidad.

¡Desdichada union liberal, pero más desdichado duque de Montpensier! Por no conquistar la corona en una batalla os veis en el trance de conquistarla ora haciéndoos el San Vicente de Paul ora llevando á cabo hazañas de duelistas. Pero ¡triste fortuna la vuestra! cuanto más alargais la mano, más se aleja el codiciado objeto de vuestras vigilias.

Ayer, entre la corona de España y Montpensier, estaba el crimen de Cadiz y Alcolea: hoy, además de esto, hay un lago de sangre, de sangre de Borbones!

¡Duque de Montpensier! No seréis rey de España. El pueblo os mira hoy con horror más que por culpa vuestra por culpa del partido en cuyos brazos os arrojárseis inconsideradamente. Pero aún os queda un recurso para borrar de la memoria del pueblo la serie de vuestros infortunios. Huid de España; huid de aquí para siempre y dedicad vuestra vida á pedir á Dios por el alma del hombre á quien habeis matado.

LOS GOBIERNOS Y EL CONCILIO.

Segun todas las noticias recibidas del extranjero, absorbe casi por completo la atención pública la cuestión de la infalibilidad. En Francia, sobre todo, la efervescencia llega á un grado increíble. Los periódicos dedican largos y violentos artículos á este asunto; el *Telegrafo* dice que en el Cuerpo legislativo y en todos los centros oficiales no hay otra conversacion, y el correspondiente del *Diario de Barcelona* afirma que la proposición de la infalibilidad causa verdadera emoción en todos los círculos políticos, aún en aquellos que parecían menos dispuestos á conmoverse por este acontecimiento. Hay disidencias por el modo de apreciar la cuestión de Roma en el Gabinete de las Tullerías, los diputados acosan con preguntas á los ministros, y se afirma que este asunto, sea cualquiera la solución que tenga, creará grandes dificultades á Francia, é influirá notablemente en su política.

Imposible es, no ya reproducir, sino reseñar todo lo que se proyecta, dice y escribe

con relacion á la infalibilidad. Hay quien excita al Gobierno imperial á tomar medidas violentas con la Santa Sede; pídese la retirada de las tropas de Roma; se incita al conde Daru á presentar la dimisión si no logra que el Concilio se avenga con sus exigencias, y el emperador no sabe qué partido tomar. Si hemos de creer las noticias de *La Epoca*, Napoleon trata con alguna frialdad al Nuncio del Papa.

Median comunicaciones entre los Gobiernos; en Florencia y en Viena ha causado gran alegría la actitud del Gobierno francés, y el canciller austriaco tiene cuidado de hacer público, que el despacho enviado por él á Roma era más duro y violento de lo que habían indicado los periódicos, como si se propusiera atraer al Gobierno francés á una política agresiva. El Gobierno español parece que también ha entrado en esta conjuración, y es secundado por *El Imparcial*, *Las Novedades* y *La Iberia*, que declaman ó amenazan, y por *La Epoca*, que, siguiendo su maquiavélica política, hace cuanto puede por desprestigiar á la Santa Sede, presentándola como instrumento de un partido, y arrastrada por su ambición y tenacidad. No se considera la infalibilidad como es: se cree que es un arma terrible de política; un medio poderoso de dominio; un golpe de Estado de la Iglesia contra los Gobiernos, digámoslo así; y cuando la alarma hasta el punto de decir el *Parlement*, que la definición de la infalibilidad seria un *Sadown moral para Francia*, que el Concilio *cava la tumba de todas las libertades nacionales*, y que si *Arquimedes* *pedia una palanca para mover el mundo, la infalibilidad pone esa palanca en manos del Romano Pontífice*.

El Gobierno más poderoso de la tierra habría retrocedido ya en cualquier empresa, al ver esta alarma y esta oposición en los otros poderes: solo la Iglesia católica, demostrando con ello su divinidad, prosigue serena la marcha emprendida contra el torrente de las ambiciones y de las fuerzas del mundo, ansiosa de salvar la sociedad que zozobra, y con la firme resolución de proclamar la verdad, arrojando todas las dificultades y peligros. El poder sobrenatural que le da esta fortaleza sabrá dirigir todas las tempestades, deshacer todos los cálculos humanos y sacarla triunfante de todos sus enemigos.

Pero al mismo tiempo que expresamos esta confianza, bastante á tranquilizar á todo católico, debemos contribuir, por nuestra parte, á desvanecer los temores y celos que han brotado al anuncio de que la infalibilidad habia sido sometida al examen de los Padres del Concilio. ¿Son justos estos temores? De ninguna manera. La infalibilidad pontificia ha sido reconocida siempre por las escuelas verdaderamente católicas, por santos Padres, por los Concilios; y, relativamente á la influencia que en la sociedad civil pueda tener este dogma, es menester observar que la infalibilidad no alterará la constitución de la Iglesia, puesto que la *supremacía* del Papa, universalmente reconocida y acatada en todos los tiempos, ha dado siempre al sucesor de San Pedro, la obediencia de todos los católicos, que es lo que, en todo caso, confirmará la infalibilidad.

¿Cómo, pues, puede alarmar la infalibilidad, cuando, en sustancia, las cosas no varían? El dogma aumentará la fuerza y unidad de la Iglesia y terminará las disputas y controversias; definido, no habrá disidencias entre los católicos, que tendrán absoluta é invariable adhesión al sucesor de Pedro; pero en el fondo, ¿habrá algo nuevo, algo inusitado con la definición de la infalibilidad? ¿El Pastor y Doctor Supremo de todos los cristianos, ¿no ha sido siempre y es hoy el Romano Pontífice, según la institución del mismo Jesucristo? ¿Qué nuevo y formidable poder le va á dar la definición de la infalibilidad, cuando no es más que la proclamación solemne de la doctrina generalmente creída y practicada desde el primer Pontífice hasta Pio IX?

Convenamos en que no hay motivo racional de alarma para los poderes y Gobiernos, porque la infalibilidad se define. Alármese la impiedad, porque el Concilio será un triunfo del Catolicismo: en tal concepto, comprendemos que se ataque sin trégu ni descanso á la augusta Asamblea: pero el temor de complicaciones, peligros y pavorosos planes de dominación por parte de la Santa Sede, no solo es injustificado, sino que degenera en pueril y ridículo.

No es imposible que los Gobiernos se tranquilicen, y pasada la efervescencia producida por la pasión revolucionaria, comprendan que la infalibilidad no es una amenaza al orden político: pero, en todo caso, la Iglesia católica, reunida en Concilio, cumplirá impávida su divina misión de enseñar á las gentes, sin que la detengan consideraciones ni respetos humanos.

EL DISCURSO DE CASTELAR

Por importantes que fuesen los asuntos de que debía tratarse en las Cortes el sábado último, la atención de los diputados y del público que llenaba las tribunas debió distraerse mucho con la noticia de la desas-

trosa muerte de D. Enrique, que se supo por todo Madrid poco después de medio día. La consternación era tan grande, que no estaban los ánimos para ocuparse en cuestiones políticas que fueran independientes de aquel infausto suceso. Difícil era, por tanto, la situación del Sr. Castelar, tanto más, cuanto que la misma desgracia indicada le obligaba á modificar el giro que sin duda habia pensado dar á su discurso, y le impedía tomar en boca un nombre que naturalmente debía repetir con frecuencia. Y con todo, el discurso del Sr. Castelar, tal como salió de sus labios, siendo otro el estado de los ánimos, hubiera llamado la atención más que cuantos ha pronunciado el orador republicano.

Fué, en efecto, el discurso que pronunció el sábado el Sr. Castelar, muy diferente de los que hasta ahora se le han oído.

El orador fué muchísimo más parco que de costumbre en el uso de aparatosas imágenes, y aunque, como siempre, al hablar de la Iglesia y de la monarquía española demostró una vez más sus lamentables y hasta ridículos extravijs, en la parte puramente política apareció más razonador, más práctico, más intencionado que nunca.

El orador republicano queria probar que el general Prim no tiene pensamiento político, ni tiene principios, ni es capaz de tener fé en una idea, y lo probó cumplidamente reseñando las vacilaciones, las dudas y la volubilidad que ha demostrado el conde de Reus desde la revolución de Setiembre, ya en la formación de los ministerios, ya en la cuestión de candidaturas para el trono, ya en fin en otros varios asuntos.

«He visto, decía el Sr. Castelar, muchos presidentes del Consejo con una mala política, pero solo al general Prim he visto sin ninguna.»

No nos parece esto completamente exacto, y antes, por el contrario, nosotros encontramos una gran semejanza entre la política del general Prim y la política de otros muchos Gobiernos liberales que han precedido al que él preside. El mismo Sr. Castelar poco antes de decir que el general Prim no tenia política alguna, indicó cual era la política del actual presidente del Consejo cuando dijo que este toma las ideas, y los republicanos que las representan cual si fueran fuerzas materiales y los consagra á que guarezcan el banco ministerial, y defiendan el poder y la influencia personal del ministro de la Guerra.

En esto ciertamente no hay principios, no hay ideas, no hay pensamiento político, pero hay política tal como se entiende y es por necesidad la política bajo el imperio del liberalismo; hay esa política que consiste en mantenerse en el poder á todo trance y á toda costa, transigiendo con todas las ideas y con todos los hombres por incompatibles que sean, mientras la transacción es posible, resistiendo y combatiendo hasta la crueldad cuando las transacciones y las abdicaciones son infructuosas.

Esa es la política del general Prim, esa es la política de todos los gobiernos liberales en que las ambiciones lo son todo y las ideas nada. Por eso el general Prim, como decía el Sr. Castelar, eleva hoy al ministerio á un partidario del llamado arreglo del Clero y mañana le sustituye con un hombre contrario á semejante reforma; hoy sienta á su lado á un partidario de los derechos individuales absolutos, y mañana á un partidario de los derechos individuales legislados; hoy deja que se vaya el Sr. Topete, y á los pocos días le llama para que vuelva de nuevo al ministerio. A todos quiere contentar, á todos quiere satisfacer, con todos quiere estar bien, y poco le importa tener que desear hoy lo que ayer aceptaba con tal de que todos le apoyen.

Esto también lo demostró el Sr. Castelar, como demostró que no existía la conciliación de los partidos; y citando como testigos de esta verdad á los hombres más caracterizados de los partidos monárquico-liberales, ninguno de ellos se atrevió á contradecirle, ni con la palabra ni con el gesto. No; no hay conciliación: lo que hay es que cada fracción espera que el general Prim echará en favor de la misma todo el peso de su influencia, la cual comparó el Sr. Castelar á la del cerro, que según se pone á la derecha ó á la izquierda, altera el valor de las cifras. Y el general Prim, para mantener las esperanzas de todos, se mantiene silencioso, enigmático, y el enigma produce el descontento en todas las clases sociales, la inquietud universal, el desarrollo de todas las ambiciones, y en suma, la anarquía.

Salgamos de este estado, decía el Sr. Castelar, decidase el general Prim: quédesse con los radicales ó váyase con los conservadores, porque la peor de las políticas es no tener ninguna, y así no se puede continuar. Uno de los incidentes más notables á que dió lugar el discurso del Sr. Castelar, fué una interrupción del Sr. Rivero. Decía el orador republicano que el ministro de la Gobernación estaba en el banco azul para sostener la conciliación, y el Sr. Rivero le interrumpió con una negativa.

«Recojan la palabra del Sr. Rivero los que deban recogerla, dijo el Sr. Castelar.»

«Que la recojan, replicó el ministro.» Y de los bancos que ocupan los diputados unionistas salió una voz que decía: «Cuando hable.»

Pero antes de hablar el ministro de la Gobernación, habló el general Prim, sin más objeto, á no dudarlo, que deshacer el mal efecto que la interrupción del Sr. Rivero debió producir en la union liberal. Así es, que el presidente del Consejo pasó ligeramente por encima de los argumentos del Sr. Castelar, limitándose á decir que su política consistía en el desenvolvimiento de los principios consignados en la Constitución, y después hizo reiteradas protestas de su confianza en la union liberal y de su consideración á ese «digno partido.»

El señor ministro de la Gobernación quiso borrar la impresión que habia dejado el discurso del Sr. Castelar recordando los funestos resultados que en su sentir habian producido siempre los grandes oradores para la causa que habian defendido. El señor Rivero, olvidándose demasiado, como suele, de su procedencia republicana, se detuvo en zaherir á sus antiguos colegas, llamando causa perdida á la que ellos sostienen y sacando partido de las disidencias de los federales y de sus tendencias demagógicas. Lo más importante que dijo el señor Rivero, en su pobrisimo discurso, fué que él no está conciliado ni tenia que conciliarse con nadie.

En cualquier otro día la sesión de las Cortes del sábado por la tarde, hubiera sido de importantes consecuencias. Por ahora la desgracia de anteayer ha evitado esas consecuencias.

Con todo, parécenos que decía gran verdad el Sr. Castelar en las últimas palabras de su rectificación: «La política está próxima á una gran catástrofe.»

El general Prim puede estar agradecido á *El Imparcial*. Este periódico nos presentaba ayer mañana al ministro de la Guerra completamente ocupado en disponer la pronta y enérgica dispersión de una partida de 80 hombres, que al mando de Tristany habia entrado en Navarra.

Tristany entre tanto se paseaba tranquilamente por las calles de Paris y los periódicos de anoche rectifican, no las disposiciones tomadas por el general Prim para combatirle, sino la entrada del general carlista en España.

Lucido ha quedado, pues, el general Prim con su diligencia en perseguir un fantasma. Nos parece que no estaria de más conceder otra gran cruz, libre de gastos, al *Imparcial* por el servicio eminente que acaba de prestar el ministro de la Guerra.

Y ya que de noticias carlistas hablamos, allá van unas cuantas de origen, por supuesto, liberal.

Dice Las Novedades:

«Un periódico de Lisboa manifiesta haber estado en aquella población el secretario del presidente D. Carlos de Borbon.

«Acaso se relacione la salida de Lisboa del mismo personaje con los cambios verificadas últimamente en la servidumbre del fantástico monarca absolutista.»

El Telegrafo Autógrafo de Paris publicaba el día 11 las siguientes líneas:

«Personas que pasan por bien informadas aseguran que ha sido nombrado secretario de don Carlos, en reemplazo del Sr. Villoslada, D. José Rios de los Ursinos, antiguo carlista y amigo de Cabrera: añaden que este organiza el partido para la lucha legal; que no quiere la guerra civil; que la base de su política será la unidad católica, y lo que él cree, la legitimidad monárquica; asegurando también algunos que Cabrera no cree que la legitimidad debe rechazar el progreso, sino asimilárselo.»

Repetimos que el Sr. Villoslada solo puede ser reemplazado en la cama, en la cual está desde Enero y á gran distancia de la residencia del rey.

Por lo demás, que el invicto conde de Morrela organice legalmente el partido carlista, que no quiere la guerra civil, que sostiene la unidad católica y la legitimidad, y no rechaza el verdadero progreso, son cosas tan sabidas dentro y fuera de España que no merecen la pena de ser repetidas por el diario isabelino.

Ayer tarde fué objeto el general Prim de demostraciones poco benévolas de parte del pueblo soberano. Al volver el ministro de la Guerra de presenciar el ejercicio del batallón de voluntarios de que es capitán su hijo el vizconde del Bruch fué insultado, silbado y hasta apedreado por una turba de hombres y muchachos, que pusieron á prueba la paciencia del conde de Reus. Sin ella es posible que ayer hubieran ocurrido desgracias en Madrid, pues precisamente la manifestación contra las quintas parece que se hizo la encontradiza con el general Prim y el batallón de voluntarios, fuera de la Puerta de Alcalá, desde cuyo punto vino el ministro de la Guerra acompañado hasta su palacio por voluntarios y manifestantes.

El Imparcial refiere estos sucesos en los siguientes términos:

«Al disolverse la manifestación se retiraba también hacia Madrid el citado batallón, á cuya cabeza iba el presidente del Consejo de ministros, con su hijo, sus ayudantes y un jefe de artillería.

«Los manifestantes rodearon al general Prim, impidiéndole el paso así como al batallón, dando gritos de viva Prim! ¡abajo las quintas! y dejándose también oír algunas frases bastante inconvenientes, p. así en boca de algunos chicos

Y de
unos
cuando

o de la
m, sin
acer el
Sr. Ri-
ral. Así
só lige-
tos del
su po-
tucion,
de su
consi-

on qui-
jado el
do los
habían
padres
El se-
como

na, se
elegas,
los sos-
tencias
dema-
el se-
e con-

os Cór-
ido de
ra la
s con-

ver-
labras
róxi-

ecido
esen-
guerra
pron-
de 80
había

quie-
erío-
sicio-
com-
lista

Prim
sma.
eder
par-
de

mos,
su-

re-
pre-

del
s il-
mo-

bli-

ase-
don
José
o de
tido

ci-
ár-
ra-
pro-

la

Mo-
dis-
sas
ue
el

de
del
a-
su
o,
e-
la
ne
n
a
o
a

de
a
o
a

De un grupo partió un terron, que pasó rozando al vizconde del Bruch.

El presidente del Consejo de ministros intentó dirigirse a la palabra; pero no logró hacerlo, merced a la algazara producida por los gritos y chillidos de los manifestantes.

Los diputados de la minoría Sres. Sorni, Soler y Blanc, consiguieron abrir paso, y el general Prim pudo entonces salir de aquella barahunda.

Hubo un momento en que se temió ocurriese un conflicto, que evitó sin duda la prudencia y serenidad del general Prim y del batallón de voluntarios del distrito del Hospital.

El presidente del Consejo de ministros entró en Madrid por la puerta de Alcalá, y al llegar cerca de la fuente de Cibeles, un grupo de chicos en su mayor parte, que venían siguiéndole de cerca, repitieron las escenas anteriores, viéndose el general Prim en la precisión de tener que volver el caballo y amenazarlos con el látigo. Entonces huyeron, siendo detenidos por los dependientes de la autoridad cinco de los promovidos del alboroto.

En el salón del Prado y paseo de la Castellana, tan concurridos como de costumbre, hubo un momento de conmoción, que cesó casi instantáneamente, continuando su paseo la mayor parte de los concurrentes.

Catorce fueron los individuos detenidos a consecuencia del pequeño tumulto que surgió ayer tarde en la puerta de Alcalá; más fueron puestos inmediatamente en libertad, de orden del general Prim.

El tiempo por su parte decía anoche en su última hora:

«Al penetrar D. Juan Prim entre los grupos, se asegura que algunos de los manifestantes le arrojaron naranjas.

En otra parte iban, con las naranjas, algunas piedras, según hemos oído decir.

Los proyectiles eran acompañados de silbidos y gritos poco simpáticos.

Se dice que en la puerta de Alcalá, y al llegar a la fuente de Cibeles, revolviendo precipitadamente su caballo, señalaba con demostraciones de mal reprimida ira a los agentes de orden público alguno o algunos de los que él creía que tomaban una parte más activa en la silba.

Esto dio ocasión a que hasta cierto punto se marcara por algunas partes un principio de esas carreras que suelen extender la alarma por las calles.

La escarilla del general Prim se va eclipsando. *Sic transit hujus mundi gloria.*

No puede negarse que los sucesos de ayer tarde, como sintoma, son muy significativos. No nos sorprende, sin embargo; el pueblo es caro de ídolos y vive de la novedad. El general Prim indudablemente toca a su ocaso.

El tiempo, periódico moderado, publicó ayer la relación de un hecho tan original, que de seguro sorprenderá a nuestros lectores como nos ha sorprendido a nosotros. El hecho ocurrió el día 10 en Córdoba y fué, según *El tiempo*, de la siguiente manera:

«En la mañana de dicho día 10, una persona bien portada se dirigió al cuartel de la Trinidad, preguntando por el oficial de guardia; introducido por el ordenanza en el cuarto de este, y después de los saludos de costumbre, no dudó en decirle su atrevido pensamiento, que de atrevido y temerario puede en verdad calificarse. Manifestó estar competentemente autorizado por altos personajes para ofrecerle cien mil pesos y el despacho de coronel, si en aquel día se atreviese a situar dos ó tres compañías del regimiento de Gerona en el sitio y a la hora que le fuesen designados, para dar el grito de viva Carlos VII.

Sorprendido el pudenoroso oficial con tal proposición, le contestó de un modo a propósito para dejarlo preso en sus propias redes. «Estoy, dijo, esperando a varios de mis compañeros, que a la sazón se hallan en la revista. Voy a hablarles del asunto que Vd. me propone.» Salí, llamando inmediatamente al sargento de la guardia, para que, con dos números, prendiese a aquel hombre y le pudiese incomunicado.

Después dio parte a su coronel y al gobernador militar de lo ocurrido.

«Parece que se han encontrado dos revólvers al detenido, el cual se niega a contestar a cuantas preguntas se le hacen.

El Sr. Zugasti había llegado el día antes y tomado posesión del cargo de gobernador civil. Pronto los carlistas de Córdoba se habían propuesto preparar una broma, que podía haber sido pesada.»

No sabemos si el hecho que delata *El tiempo* es ó no cierto. Lo que sabemos es que sus comentarios son soberanamente ridículos. A pesar de la fama de listos que suelen llevar los moderados, en la ocasión presente han dado muestras de ser progresistas de pura raza.

El suceso referido por el periódico alfonso no solamente es verosímil sino que concuerda perfectamente con ciertas noticias que habían llegado a nuestros oídos respecto de la necesidad que alguien tenía de ver en campaña algunas fuerzas carlistas para salir inmediatamente a darles una batalla y después de conseguir un triunfo facilísimo entrar en Madrid y dirigirse sin vacilar hacia el palacio de la plaza de Oriente a recibir los honores de rey vencedor y conquistador.

Cualquiera un poco entendido en conspiraciones, y en este punto los moderados no son lerdos, comprenderá que no pueden darse cien mil pesos al oficial de un regimiento para que distribuya por el campo las compañías sublevadas; es mucha cantidad para tan poca fuerza, y sobre todo, cuando no hay otras en campaña y cuando se trata de un punto tan poco extratérreo como Córdoba.

Respecto de una plaza fuerte se concibe, y se concibe también que una cantidad tan respetable se dedicara para gobernar una guarnición, cuyo pronunciamiento fuera decisivo en un caso dado. Además, en una conspiración general nadie se dirige de manos a boca a un jefe cualquiera a hacerle una proposición tan perentoria. Aun cuando hubiese sido carlista el oficial de que habla *El tiempo*, no hubiera procedido de una manera más acertada que lo ha hecho en la ocasión a que nos referimos.

No son, pues, los carlistas los que han tratado de seducir a ese oficial del regimiento de Gerona. Lo que racionalmente se deduce del relato de *El tiempo* es que al-

guien tiene interés en sacarnos del terreno legal, por sorpresa, para vernos sin peligro y sin esfuerzo.

Afortunadamente, estos ardid de la política más infame de todas, se estrellarán contra la admirable disciplina del partido carlista, que sabe a quién debe obedecer y cómo y por dónde ha de recibir las órdenes; y las que ahora tiene son todas relativas a la organización y lucha pacíficas.

Está llamando la atención pública casi tanto como el desafío del duque de Montpensier el estudiado silencio que acerca de este asunto importantísimo guardan los periódicos montpensieristas. Ninguno de ellos dice una palabra del suceso, y el más osado se determina apenas a dar cuenta del súbito fallecimiento de D. Enrique de Borbon. La misma *Correspondencia*, que tan solícita se muestra por enterar a sus lectores de todos los escándalos públicos y de algunos que no lo son, sacrifica hoy el interés de empresa al interés político, y no cuenta a sus lectores que D. Enrique de Borbon ha dejado de existir.

Este obstinado silencio revela a las claras la gran trascendencia política del homicidio perpetrado por el duque de Montpensier en la persona de su doble pariente D. Enrique. El partido unionista está hoy avergonzado de sí mismo y ni para defender el valor de su candidato quiere contribuir a que se divulgue la hazaña del francés. Y se comprende la vergüenza de ese partido, los trabajos de Montpensier contra su propia familia, contra su propia hermana están hoy dignamente coronados con la muerte de un cercano deudo. Si hasta ahora pudo haber españoles a quienes fuese simpático el hijo de Luis Felipe, hoy esto es imposible, porque no hay nadie que no comprenda por el castigo la gran culpa del conspirador de Sevilla.

El castigo ha sido tremendo. Si el señor duque tiene creencias y corazón, la memoria de su primo debe perseguirle hasta la muerte. ¡Con cuánta facilidad desbarata la Providencia los planes mejor concertados de los hombres!

Hablen, pues, los diarios montpensieristas, que por mucho que callen y prudentes que estén ahora, es ya tarde. La vida política del duque de Montpensier acabó también con el pistoletazo que puso fin a los días de su próximo pariente D. Enrique de Borbon.

Cuando Madrid, España y hasta Europa sabían por el telegrama el trágico fin del desafío del duque de Montpensier con su primo D. Enrique, contaban *La Epoca* que este desgraciado había muerto casualmente probando no sabemos qué pistolas, y que así resultaba de las diligencias judiciales practicadas por el juzgado de Jefe.

No contento con esto el diario de la calle de las Torres, preguntaba anoche, al parecer con formalidad:

«¿Ha sido prudente la publicidad de todos estos pormenores hallándose la cuestión encomendada a los tribunales? Creemos que no, y por eso ayer nos limitamos a lo que vieron nuestros lectores.»

Es decir que la cuestión estaba sub judice para contar lo que todo el mundo sabía, esto es, que Montpensier mató a su primo; pero no lo estaba para anunciar que según las diligencias del sumario la muerte de don Enrique había sido casual.

¿Para quién escribe *La Epoca*?

Por falta de espacio no publicamos hoy nuevas y curiosas correspondencias que recibimos del Burgo de Osma, dándonos detalles de la entrada triunfal del Ilmo. señor Obispo en aquella población. Las insertaremos otro día.

Hasta los gatos quieren zapatos. ¡Hasta *La Iberia* trata la cuestión de la infalibilidad pontifical! No tenemos bastante con las sandías impiedas de *El Universal* para que hayamos de sufrir ahora las impías sandeces de *La Iberia*?

No hemos querido leer todo el artículo del periódico progresista, porque es demasiado precioso el breve tiempo de vida que Dios nos concede para perderle de una manera tan lastimosa. Pero hemos leído lo bastante para ver que el órgano del Sr. Sagasta toma con los Obispos del modo más progresista que es posible imaginar.

Habla de los Prelados españoles, y dice:

«Esos Prelados se revuelven hoy soberbios contra el Gobierno nacido de una revolución que, decretando solemnemente la libertad religiosa, aspirando a la independencia absoluta de la Iglesia y del Estado, quiere, con una prudencia que favorece a la Iglesia misma tanto como la perjudica las tendencias y pretensiones de los ultramontanos del Concilio; quiere, decimos, prevenir todo golpe que se pretenda amagar al espíritu liberal moderno desde las regiones neo-católicas que desvanecen a los inspiradores funestos del húsped del Vaticano.»

«Nuestro Gobierno tiene en su mano medios de hacer sentir a los Prelados españoles que se encuentran los propósitos de matar las aspiraciones liberales, las consecuencias de impulsar las tendencias exclusivistas de un poder extranjero, con mengua de su independencia y de la dignidad de la patria. Y no decimos más por hoy.»

De aquí se deduce que los que se burlaban del Concilio, como cosa propia de la Edad Media, sienten hoy vagos pero hondos temores de que la Iglesia reunida dé un golpe

mortal sobre la cabeza del liberalismo. Se deduce además que los Gobiernos temporales, singularmente el de España, tratan de oponer la fuerza bruta a la fuerza invisible de la fe consignada por el Concilio y confesada, y humildemente aceptada, por los fieles de todo el orbe. Pero la fuerza bruta caerá ante la voz del Espíritu Santo: los nuevos Atilas doblarán su frente ante el nuevo San León.

No crea *La Iberia* por esto que nosotros le damos la importancia de Atila. El diario sagastino no es más que un individuo de las hordas del famoso conquistador.

Nuestro amigo el Sr. Vildósola, en representación de la minoría carlista del Congreso, celosa como ninguna por la integridad del territorio español, preguntó el sábado al Gobierno no qué había de verdad en las noticias relativas al abandono ó venta de Cuba que el corresponsal del *World* comunicó a este periódico desde Washington y que nuestros lectores verían en *EL PENSAMIENTO* del viernes.

El general Prim no estuvo en su respuesta al diputado carlista todo lo expedito que hubiera sido de desear en materia tan grave. Después de calificar de pura invención la proposición de venta, añadió que solo habían mediado contestaciones entre los Estados Unidos y España sobre lo que *había de ser en lo porvenir la isla de Cuba*. El presidente del Consejo no dijo lo que el Gobierno había espuesto y solo insistió en que no se trataba de vender la Antilla.

Ahora bien, como el corresponsal del *World* presenta a los Estados Unidos solo como intermediarios entre España y los cubanos, y dice que estos no llegaban a dar la cantidad pedida por el Gobierno español (no cabe en lo posible que se tratase no de la venta sino del abandono de la isla, mediante el pago de una cantidad por indemnización de guerra y otros perjuicios).

El tiempo lo dirá.

La orden masónica a que pertenecía el infortunado D. Enrique se ha encargado del cadáver de este.

Los alrededores de la casa en que habitaba el desgraciado príncipe estaban ayer ocupados por numerosos grupos de curiosos atraídos más que por otra cosa por la novedad de ciertos atavíos masónicos que se veían en la sala en que estaba el cadáver.

Este fué embalsamado vestido con el uniforme de general de la armada y colocado en una cama funeraria de una Sacramental. A la cabecera se veía el escudo de armas de la casa real; sobre la caja el sombrero, la espada y la faja de general, y además una banda con ciertos signos masónicos bordados en seda y oro, destacándose entre todos los signos el número 33 que representa el grado que el difunto tenía en la masonería. La tapa de la caja tenía en el centro un crucifijo de bronce.

Cuatro masones, con bandasmuy pintorrescas y con la espada en la mano, servían de guardia de honor al difunto. En la entrada de la casa y en las escaleras había otros venerables también con espada en la mano y sus correspondientes bandos.

La impresión que producía aquel espectáculo en las almas católicas que lo vieron, no es para describir.

Dice *El Imparcial* que el Sr. D. Pedro Mata ha presentado la dimisión de los cargos de vicepresidente de la junta superior de Sanidad, y de vocal de la reforma de establecimientos penales.

En el consejo de ministros celebrado anoche en la regencia, según un diario democrático, solo se trató de la cuestión de Hacienda, sobre todo en la parte que afecta a los ayuntamientos y diputaciones provinciales, y de la política general del país, sin que se tomara ninguna resolución definitiva.

Es decir, se trató de todo.

Según dice un periódico, ayer se recibió en el Tribunal Supremo de Justicia la autorización de las Cortes para procesar al señor Obispo de Santiago.

No se ha confirmado la sentencia relativa a la conducción a las prisiones de San Francisco del coronel Sr. Ceballos Escalera, quien, según dice un periódico, continúa en el manicomio de Zaragoza.

El sábado por la noche no hubo sesión. Hoy parece que se presentará a las Cortes una proposición pidiendo que continúen las sesiones por tarde y noche mientras se discutan las leyes orgánicas, ó que se celebren de una a siete de la tarde, leyéndose al empezar y terminar la lista de diputados presentes.

Por orden del ministerio de la Gobernación se dispone con fecha 8 del corriente que todas las plazas de escribiente de plantilla se provean en adelante por oposición y por medio de ejercicios.

Según ha oído *El Imparcial*, ayer se recibió un despacho telegráfico de la Habana con noticias satisfactorias de la insurrección, y en el cual se anuncia también el embarque para la Península del general Villate, conde de Balmaseda.

Según vemos en *La Correspondencia*, la comisión encargada de dar dictamen en el proyecto de ley presentado a las Cortes por el señor ministro de Fomento, suprimiendo el grado de bachiller en las facultades, dará su dictamen uno de estos días con objeto de que pueda discutirse el proyecto antes de finalizar el presente año escolar, y los estudiantes que se hallan en el caso de recibir aquel grado para matricularse en el último año de su carrera no tengan necesidad de sufrir un examen ni hacer un gasto que para muchos sería gravoso.

Noticias militares tomadas de *La Correspondencia*:

«Se ha concedido el retiro al teniente coronel graduado, comandante del cuerpo de Estado mayor de plazas, D. Juan Ramirez.

«Se ha dado la orden para que a todos los cuerpos de este distrito militar que usan armamento Berdan, se les entreguen cien cartuchos por plaza.

«Se han concedido 70 fusiles lisos al ayuntamiento de Viana (Navarra), con destino a los voluntarios de la libertad.

«Se ha mandado entregar 30 fusiles lisos para los Voluntarios de la Libertad de la Pola de Gordon.

«Se han entregado al décimo cuarto tercio de la Guardia civil 38,800 cartuchos del sistema Berdan reformado.

«Ha cesado en su destino el coronel jefe de Estado Mayor de la capitania general de este distrito, D. Luis Otero, habiéndose encargado interinamente de dicho destino, el segundo jefe, D. Felipe Fernandez Cavada.

«Ha sido declarado en situación de reemplazo, D. Elias Sancho Miñana, coronel del regimiento de infantería del Príncipe.

Se ha autorizado al teniente coronel de infantería de reemplazo en Sevilla, D. Manuel Carascosa, para que traslade su residencia en igual situación a esta capital.

Noticias tomadas de los periódicos de ayer:

«El general Prim ha estado esta tarde revisando el batallón de voluntarios de la libertad de que es capitán honorario su hijo, y ha arreglado a la fuerza, la cual ha contestado con vivas a la libertad y soberanía nacional.

«Esta tarde ha habido algunas carreras en el paseo de la Puerta de Alcalá: algunas personas que encontraron al general Prim, que iba de paseo quisieron detenerle para que hablara. Pero el hecho no ha tenido más importancia que la de la confusión a que por breves momentos dió lugar.

«Hoy se ha verificado en Madrid la anunciada manifestación contra las quintas. A las tres de la tarde se reunieron los manifestantes en la plaza de Oriente, poniéndose en marcha momentos después por la calle del Arenal, Puerta del Sol, calle de Alcalá hasta más allá de los Campos Eliseos, donde se detuvieron en una gran explanada que hay a la izquierda de la carretera.

Los manifestantes, ya en este punto, presididos por la asamblea del partido republicano y por las juntas de Madrid, improvisaron un pequeño tablado, sobre el cual indicó el Sr. Sorni el objeto de la manifestación, que no era otro que el de protestar contra las quintas.

Los Sres. Soler y Blanc, diputados republicanos, Lafuente (D. Romualdo), Casaldueño y algún otro, pronunciaron discursos más ó menos extensos en contra de las quintas. El Sr. Sorni resumió los discursos pronunciados, y se disolvió la reunión.

La manifestación llevaba ocho banderas, una de cada uno de los distritos de la Audiencia, Hospital, Congreso, Inclusa y Latina, otra del distrito de la Universidad, llevada por mujeres, y otra del Pacto Federal.

En varias provincias y pueblos importantes de España hubo ayer manifestaciones pacíficas contra las quintas.

CORREO DE HOY.

Como decimos en otro lugar, la cuestión de la infalibilidad llama extraordinariamente la atención en toda Europa y especialmente en Francia, y es posible que los Gobiernos adopten alguna resolución que traiga graves complicaciones. Por eso vamos a publicar las principales noticias que hallamos respecto a este asunto.

El *Telegrafo* de París apenas habla de otra cosa. De él tomamos lo siguiente:

«Como la cuestión que hoy excita el interés general es la de Roma, tomamos sobre esta asunto las siguientes noticias, de cuya autenticidad no podemos sin embargo responder:

«El *Schema* que debe discutirse en este momento en el Concilio tiene por título *Del Sumo Pontífice*.—Está redactado de dos maneras. En la una el título era *De la potestad eclesiástica*, hallándose reunidos, nos aseguran, los principios más absolutos de ultramontanismo.

Dícese que la segunda admite una especie de compromiso sobre el dogma de la infalibilidad, en el sentido tan solo de poder ser considerado como una creencia que no tendría ni sanción eclesiástica ni sanción civil. De cualquiera manera, este *Schema* deja la puerta abierta a la discusión de ciertas tesis, en virtud de las cuales los Gobiernos de los países católicos tienen el derecho y hasta el deber de ocuparse seriamente. En el párrafo se trata, entre otras materias, del matrimonio civil en sus relaciones con la Iglesia, y de la enseñanza, bajo un punto de vista en contradicción con los artículos del Concordato. Por esto persiste más que nunca el Gobierno francés en la demanda que ha dirigido al Vaticano para que sea admitido un representante *ad hoc* en el seno del Concilio.

«Según siendo objeto de múltiples y variados comentarios, tanto en los círculos políticos y diplomáticos como en la prensa de esta capital, la actitud en que se ha colocado el Gobierno francés respecto del Vaticano, a consecuencia, así de las notas pasadas por el conde Darú a la corte de Roma, contrarias a la proclamación del dogma de la infalibilidad, como de las cartas dirigidas por el ministro francés al conde Werner de Moredé, al Obispo de Orleans, y contestación de este Prelado a M. Darú, encareciéndole como medida eficaz para contener las decisiones del Concilio, la presentación en él de un plenipotenciario.

Asegúrase que consultado el emperador sobre esta importante cuestión, ha preguntado si el Gabinete estaba en ella de acuerdo, y parece ser que esta pregunta reconoce por móvil el que no existe completa conformidad de miras en el seno del Gobierno respecto a ciertos detalles de la línea de conducta seguida por el ministro de Negocios extranjeros en el asunto de que venimos ocupándonos, y hasta hay quien asegura, sin que nosotros salgamos de ello garantías, que el mismo M. Emilio Olivier ha dejado traslucir en algunas conversaciones particulares que la política que observara el príncipe de Latour d'Auvergne, respecto del Concilio, sería quizá la más conveniente para los intereses de la Francia.

Un periódico de esta capital, que no se ha mostrado generalmente desafiado a la política del ministro guarda-vellos, se expresa a propósito de la cuestión de Roma en estos términos:

«La infalibilidad del Papa proclamada por el Concilio, no obstante las cartas, billetes, negociaciones y amenazas del conde Darú, y la permanencia en Roma de las tropas francesas, sería una vergüenza para la Francia. Es ya tiempo de que se acuerde el conde Darú que forma parte de un Gabinete parlamentario. Es ya tiempo de que no nos obligue a recordarle la historia de Inglaterra, el país parlamentario por excelencia, y la conducta que los ministros ingleses han observado en todas las ocasiones que

han tenido la malhadada suerte de cometer faltas, y que se han encontrado por consiguiente en situaciones análogas a la en que hoy se encuentra Mr. Darú.—[Que presente Mr. Darú su dimisión! Podrá no ser ministro, pero habrá cumplido como bueno.»

«Asegúrase esta tarde en el salón de conferencias que el conde Darú había obtenido de M. Julio Favre el que este aplazara una interpellación que piensa hacer al Gobierno, sobre la cuestión de Roma, y que aquel le exprese que abrigaba la esperanza de que la corte del Santo Padre se mostraría accesible a las representaciones análogas de la Francia.

«Una gran parte de la opinión y de la prensa que no aprueba la conducta en que parece haberse colocado el ministro de Negocios extranjeros respecto al Vaticano, y que indudablemente es esta una cuestión que ya se resuelve definitivamente en una ó otra forma, ha de constituir una gran dificultad para Francia.

«Continúa preocupando la atención pública, en todas sus esferas, la cuestión de Roma. A la hora en que escribimos estas líneas se asegura que de resultados de la distinta manera de ver esta cuestión, se ha producido una notable divergencia en el seno del gabinete.

«Algo de esto se ha dicho esta tarde en el salón de conferencias, donde se asegura que hay muchos hombres públicos que hubieran dejado hacer cierto orden de consideraciones al Vaticano; pero que repugnan la forma agresiva en que en su sentir han sido hechas estas.

No es posible prever ni cuál será el definitivo acuerdo que resalta en la cuestión de Roma, ni cuáles las consecuencias políticas y sociales que de este asunto pueden surgir.

«La cuestión romana va a ser tratada en el Cuerpo legislativo: Mr. Keller se propone hacer una interpellación sobre este asunto.

«A consecuencia del mal efecto que ha producido en el grupo católico del Cuerpo legislativo la correspondencia privada del ministro de Negocios extranjeros a propósito del Concilio, parece ser que dicho grupo ha acordado interpellar al Gobierno, poniendo de manifiesto la contradicción en que se halla el Gabinete respecto a la línea de conducta que prometió seguir en la citada cuestión y la que sigue, debida principalmente a la iniciativa de Mr. Darú.

Un despacho de Roma anuncia que *cardenales* Obispos franceses han retirado ya su firma del *postulatum* contra la infalibilidad. Se espera que hagan lo mismo varios Obispos alemanes.

El Memorial Diplomático publica el siguiente telegrama:

«Roma, 10.—La respuesta de la corte de Roma al último despacho del conde Darú acaba de ser enviada al Nuncio de París, quien la pondrá en manos del ministro de Negocios extranjeros. Accede, en los términos más satisfactorios, a la petición del Gobierno francés de ser representado en el seno del Concilio.

El Nuncio está encargado de dar las seguridades de que el representante de Francia será recibido con todos los respetos debidos a la nación que representa.»

Habiéndose consultado al Gobierno si la ordenada últimamente para conmutar por extranjería la pena de prisión impuesta a los carlistas y republicanos de Valencia era extensiva a otras condenas, se ha contestado que también lo era a las demás, aun las aflictivas en toda su escala.

Verificados los escrutinios de los partidos judiciales de la circunscripción de Calatayud para la elección de un diputado a Cortes, resulta, según los datos que tenemos a la vista, que han obtenido votos: en Calatayud, el señor Gomez, 2,307; el Sr. Lozano, 1,646, y el Sr. Mocholes 1,708; en Tarazona, el Sr. Gomez, 2,108, el señor Lozano 260 y el Sr. Mocholes 721; en Daroca, el Sr. Gomez 2,899, el Sr. Lozano 1,504 y el Sr. Mocholes 843; en Ateca, el Sr. Gomez 2,336 (más 280 y 82 malamente inutilizados), el señor Lozano 1,003 y el Sr. Mocholes 1,216; en la Almonia, el Sr. Gomez 615 (más 137 papeletas en que falta el segundo apellido), el señor Lozano 2,589 y el Sr. Mocholes 1642.

Lo cual da una suma de votos al Sr. Gomez de 10,265; al Sr. Lozano, de 8,002, y al Sr. Mocholes, de 6,134.

El Sr. Gomez, es, por consiguiente, a pesar de los pesares, diputado a Cortes por una mayoría de 2,263 votos sobre el candidato republicano, y de 4,131 sobre el ministerial.

ULTIMA HORA.

CONGRESO.

Después de leída y aprobada el acta de la sesión anterior, varios señores diputados presentaron diversas exposiciones.

El Sr. Soler hizo uso de la palabra para hacer constar que la manifestación verificada ayer contra las quintas se llevó a cabo con el mayor orden, y que si hubo acto de hostilidad contra el general Prim, estos no fueron cometidos por republicanos.

El general Prim dice que el acto de descalzo cometido ayer contra su persona, fué cometido por los individuos que formaban parte de la manifestación republicana. Que a él no le extraña semejante cosa porque sólo con ver las fachas de los que formaban la mayor parte de la manifestación, se comprendía que eran incapaces de comprender lo que son derechos individuales.

Que él ya sabe lo que se puede esperar de semejante tropa, y que por eso ha dicho repetidas veces a los republicanos que la república es imposible.

Que si él hubiera visto al desdichado que le tiró una piedra le hubiera muerto en el acto, porque siempre va preparado.

Que cuando ya estuvo en su casa le dieron parte de que estaban presos los que le habían arrojado las piedras, que los hizo ir a su presencia, y que con solo verle se pusieron a temblar, a llorar y a encomendarse a los santos. En vista de lo cual, y convencido de que ellos no tenían culpa de lo hecho, sino los que les dirigen ciertas predicciones, los puso en libertad.

BOLSA DE HOY.

Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 23-40 y 45; a plazo, 23-50 y 45 fin cor. fir.

Títulos del 3 por 100, consolidado exterior, publicado, 28-25.

Deuda del personal, no pub., 19-75.

Billetes hipotecarios del Banco de España, 1.ª serie, publicado, 99-55.

Bonos del Tesoro de 2,000 rs., 6 por 100 interés anual, publicado, 62-90 y 80; a plazo, 61-15 y 10 fin cor. vol.; 65-00 fin próx. vol., prima de 1-50 por 100.

Obligaciones generales por ferro-carriles de 2,000 rs., publicado, 43-60.

